

6. Cuestiones de estilo y presentación.

Preguntas y respuestas

¿Escribir o corregir?

Lo primero, escribir; todo lo demás, corregir. Corregir, incluso, obsesivamente. Como estudiantes a punto de graduarse, no podemos caer siempre en la excusa del «es que eso no nos lo han enseñado». En el apartado dedicado a los párrafos, primero de esta sección, hemos visto cómo es posible acceder incluso en la red a los materiales ortográficos y gramaticales de la Real Academia Española. Son herramientas con las que cualquier estudiante, pero también cualquier profesional de la educación, debe aprender a familiarizarse. Y debe aprenderlo sin esperar a que nadie se lo diga.

Es importante, por tanto, que el texto que presentemos sea impecable desde el punto de vista gramatical y ortográfico. Cada vez que tengamos alguna duda en el proceso de redacción debemos consultarla, sin más, sin excusas. Y, a partir de ahí, procurar organizar los tiempos de manera tal que tengamos un plazo razonable para corregir una y otra vez lo escrito. En una primera lectura es muy difícil ver si estamos repitiendo mucho y muy seguido una palabra (ejemplo de fallo de estilo), o si hemos puesto una coma donde no debíamos (fallo ortográfico), o si nos falla la concordancia entre sujeto y predicado en alguna oración (fallo gramatical). Todo

ello hace recomendable, insistimos, procurarse un tiempo para poder revisar a fondo lo que vamos escribiendo. Ningún texto, absolutamente ninguno, es el mejor de los posibles en su primera versión.

Para corregir hay una serie de estrategias de las que nos podemos valer. En primer lugar, y como ya hemos dicho, resulta imprescindible que tengamos a mano materiales en los que consultar nuestras dudas ortográficas y gramaticales durante todo el proceso de redacción. Una manera de ver por nosotros mismos si el texto falla es leer de vez en cuando en voz alta lo que llevamos escrito: si suena farragoso o complicado, debemos replantearnos qué está fallando. Pero como nadie es buen lector de su propio texto, lo más recomendable es que se lo demos a leer a otra persona, que lo verá con mayor claridad. Lo mejor es que se trate de una persona de confianza y que esté dispuesta a encontrar errores y erratas en nuestro texto de manera desinteresada. El tutor puede hacer esta labor, por supuesto, y de hecho la hará, pues es parte de su trabajo, pero hay que tener en cuenta que le llegan muchos textos, normalmente a última hora, y que siempre será preferible que le facilitemos la labor lo máximo posible. En todo caso, ningún tutor puede asumir más carga de trabajo que la de una leve corrección final de estilo a este respecto, por lo nosotros debemos hacer los deberes antes.

¿Gustarse o no gustarse?

Gustarse, por supuesto, aunque con cuidado. Gustarse por ponerle pasión al tema, por buscar una perspectiva novedosa, por tener hambre de aprender y mejorar, etc., pero pongamos en duda nuestra capacidad como diseñadores gráficos.

A todos nos ha pasado alguna vez: empezamos a saber utilizar el procesador de texto y descubrimos que tiene una opción que nos permite introducir bellos iconos, tipografías sorprendentes, imágenes fabulosas, números de página enmarcados con increíbles ribetes... Y, claro, nos emocionamos. ¿Por qué no recargar la página con este tipo de elementos? Pues porque hay una razón más que sensata para no hacerlo.

Y esa razón es ésta: en un trabajo académico, cada cosa que figure ha de tener sentido. Si no aporta nada al lector, e incluso le dificulta la lectura, debemos cuidarnos mucho de introducir elementos embellecedores que jueguen en nuestra contra. Normalmente, estos acaban por transmitir sensación de inmadurez e improvisación. Por mucho que a nosotros nos gusten esos guioncitos en forma de capitel jónico, por bonitos que sean, al lector acabarán por distraerlo de lo verdaderamente importante, que es el contenido del trabajo. Lo último que debería hacer un texto bien presentado es llamar la atención sobre la propia presentación. Por el contrario, si el lector se encuentra pensando en lo que le estamos exponiendo ahí, olvidándose por completo del formato en el que se le presenta, esto significa que vamos por buen camino. Entre el barroquismo, el adorno innecesario y la sobriedad, en un texto académico siempre deberíamos decantarnos por la sobriedad.

Téngase en cuenta, además, que la guía para la realización del TFG que nos presenta nuestra Universidad ya nos marca unos criterios de cara a la presentación. Es con estos con los que debemos cumplir, evitando de paso uno de los errores más comunes en este tipo de trabajos: portadas estridentes y recargadas en las que los datos verdaderamente relevantes cueste verlos. Como ejercicio de campo, proponemos fijarnos en el diseño

de la cartelería que inunda las facultades universitarias. ¿Son todos los carteles que nos encontramos claros, con la información precisa y bien ordenada? Algunos, sin duda, lo serán. En otros encontraremos mil elementos que nos distraerán de los principales. Y, por lo general y pese a la sobriedad, los del primer caso suelen estar estéticamente más logrados. Tomemos nota de eso.

¿Con palabras técnicas o para que se entienda?

He aquí otro de los errores más recurrentes en la redacción de TFGs. A menudo caemos en el error de considerar que cuanto más oscuro es un texto, y cuanto más enrevesada su expresión, más preciso es desde el punto de vista académico.

Es verdad, por lo demás, que el lenguaje académico requiere de un alto grado de especialización que hace que si, por ejemplo, estamos escribiendo algo relativo al ámbito de la educación, a la gente que queda fuera de ese ámbito de especialidad le cueste un poco seguirlo. Esto es normal, porque manejamos un bagaje conceptual sobre el que hemos estado trabajando al menos cuatro años de nuestras vidas, y que no se adquiere de la noche a la mañana. Pero si nos cuesta seguirlo a nosotros mismos, que estamos dentro del ámbito concreto, es que algo estamos haciendo mal.

Un buen trabajo de investigación ha de ser siempre preciso y absolutamente claro en el uso de conceptos. Si nos fijamos en aquellos documentos que hemos utilizado para elaborar nuestro TFG, y hacemos balance, probablemente caeremos en la cuenta de que los que nos han resultado más útiles, y nos han ayudado más, rara vez son documentos oscuros y farragosos, sino muy

claros. O, al menos, claros para alguien que conoce más o menos ese ámbito de especialización. Por supuesto, también puede darse el caso de que nos encontremos con documentos especializados de corte ilegible, confusos y oscuros. Si es así, no debemos acobardarnos ni concederles más autoridad de la que merecen: un texto mal escrito es un texto mal escrito, por mucho que sea académico, y aunque nos gustaría decir que el lenguaje académico está libre de este tipo de escritos infumables, lo cierto es que no lo está. No pasa nada por ser críticos con ellos, ni mucho menos. Es más: procuremos siempre tomar nota de las virtudes de quienes leamos para tratar de emularlas, pero también de sus defectos para no aplicárnoslos.

Hay una máxima que se impone el autor de esta guía que tal vez deberíamos observar. Y es sencilla: escribir es, ante todo, un acto de amabilidad. Partimos siempre de que toda persona que nos lea, sea quien sea, de seguro podría estar haciendo mil cosas distintas antes que leernos a nosotros, pero dado que ha tenido la gentileza de destinar parte de su tiempo a lo que nosotros tengamos que contarle, de ningún modo le ofreceremos lo peor de nosotros mismos, sino lo mejor.

Si invitamos a una persona a la que apreciamos a nuestra casa, no haremos todo cuanto esté en nuestra mano para que se sienta incómoda, sino todo lo contrario: seremos hospitalarios y haremos lo posible porque se encuentre a gusto. Con la escritura pasa algo parecido. Lo mejor es ser corteses y ofrecer a quien nos lea unos conceptos precisos, pero claros, y un texto, a ser posible, que se lea con interés y que respete su inteligencia, lo cual no pasa ni mucho menos por hacerle sentir que es idiota por no llegar a comprender un lenguaje complicadísimo para el cual no está a la altura.

En realidad, escribir es la actividad más modesta del mundo. Démosle a los demás, a través de la escritura, aquello que echamos a faltar, pero no solo eso: mejor si se lo damos exactamente en la misma forma en que a nosotros nos gustaría encontrárnoslo. No creemos que haya nadie que espere, en el fondo, que le suministren un ladrillo ilegible bajo la excusa de que se trata de un texto académico.

Precisamente porque se trata de un texto académico, en cambio, estamos obligados a ser más precisos, exactos y, por supuesto, claros. Que dé gusto leer lo que escribamos.